

Crónicas del asombro

Qué le vamos a hacer

Cincuenta años de una novela

MÓNICA LAVÍN

“Aquí nos toca vivir”, afirma Ixca Cienfuegos, el Virgilio de *La región más transparente*, que este año cumple cincuenta años de su publicación en marzo de 1958. “Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer”, reitera cuando Gladys García, en el amanecer de la Ciudad de México, se detiene en el puente de Nonoalco de regreso a casa. La ciudad de medio siglo XX, que los personajes de *La región más transparente* recorren, no rebasaba el millón (en un país donde veinte millones de mexicanos no podían estar equivocados). Una ciudad con el ombligo bien puesto en la plancha del zócalo, la ciudad prehispánica bajo la ciudad colonial, bajo la ciudad del México posrevolucionario, estrenando modernidad y burguesía política. La ciudad provinciana presumiendo ciudad porque en México el campo lo había sido todo hasta los años cincuenta, cuando la balanza de los asentamientos comenzó a inclinarse hacia el poblamiento urbano. El México rural de Azuela, de Revueltas, de Rulfo, de Yáñez, de Rosario Castellanos se queda en esa década de los cincuenta en que la ciudad mudaba a lo que sería. Y *La región más transparente* daba por primera vez voz a la metrópoli, al caldo de cultivo de todos los sueños y las procedencias, a esa ciudad caminable, respirable. La que no nos tocó vivir a quienes nacimos a partir de esa década, pues en los años sesenta la huella del México revolucionario se desdibujó, se volvió un mito lejano, la historia de alguien más, mientras la ciudad edificaba suburbios a los que daban la bienvenida las Torres de Satélite; construía su primer rascacielos en la esquina de Madero y San Juan de Letrán, trazaba un anillo Periférico para la ciudad americana del auto y la expansión. Qué le vamos a hacer, Gladys, nos lo confirma Ixca con esa sentencia. Un día, como alguna vez lo apresó en un verso Angelina Muñiz Hubberman desde el exilio, “aceptas el paisaje”.

El paisaje es la Ciudad de México con sus colonias de obreros, la urbe de cantinas pendencieras, de mojados que se vienen a morir así nomás sin heroísmo después de haber librado al Río Bravo y a la migra. Así nomás porque alguien se puso jirito frente a la barra y las confusiones y los asuntos de hombría se dirimen a balazos. Pobre Gabriel con sus dólares en el pantalón y su paso por el terruño del cual es difícil despegarse y donde hay que poner pie de vez en cuando, porque aquí están los muertos de uno pero no se trata de quedarse para siempre. Más que a fuerzas. Qué le vamos a hacer, Gabriel, si aquí te tocó morir.

Cómo iba a saber el banquero Francisco Robles —emanado de la lucha revolucionaria, tan prieto y tan campesino como lo puede atestiguar su mujer Norma Langarotti, esa hija de italiano deslumbrada por la vida que le proveía el banquero—, que una noche de grito, un 15 de septiembre, se le iban a acabar los vivos y las influencias y la riqueza amasada entre concesiones a los ideales, entre negociaciones y una idea de la nación donde se valía de todo por construir un México de progreso y modernidad. Cómo iba a sospechar, con sus camisas impecables y la vista desde su oficina al Paseo de la Reforma, que Norma lo insultaría en su casa de las Lomas, que así —sin poder y sin dinero— volvía a su máscara de indio pata rajada, a confundirse con el origen, para llorar a un muerto ajeno, a Gabriel, en la funeraria de la Algarín, cuando era otra cosa lo que lloraba: la indignidad. Robles, el más claro ejemplar del mestizaje de culturas y de ideas, del México de antes de la Revolución y del nuevo país.

En el mosaico de geografías y personajes por los que Ixca nos conduce, Rodrigo Pola es el poeta frustrado que muda de vocación marginal por estar en el centro del ajo: guiones de cine, atuendo a la europea, casual, como de película italiana. Hijo

de revolucionario muerto por honesto, de viuda hacendada. Destino, Mixcoac. Pola es quien avanza hacia el sur, las nuevas colonias. El Pedregal, el auto, Norma, su vieja novia. La que será amante de Ixca, esposa de Robles. La que toma de los otros si los otros tienen porque necesita un lugar en esa escala social estrenada, en ese nuevo acomodo de tierras donde Pimpinela de Ovando es una sombra de lo que fue su tía Lorenza, aferrada a sus recuerdos parisinos, a sus muebles, al pedazo de casa que queda de lo que fuera su propiedad en la colonia Juárez. El México conservador más cerca de los canales de Venecia que de las acequias y los lagos que fueron la Ciudad de México. Díaz mismo quiso ser ese oaxaqueño afrancesado, ese indio blanqueado, ese revolucionario establecido en la ciudad luz importada, donde era preciso borrar los vestigios de indiada que todavía nos representaban en el mundo.

La región más transparente nos arrastra por un mosaico de pedazos urbanos acompañados de sus personajes y sus voces. Tan pronto San Fernando como la calle del Órgano y Meave, la plaza de las Vizcaínas; Santa María la Redonda y la colonia Algarín; el Hotel del Prado y el bar Montenegro; Garibaldi y Bucareli; el puente de Balbuena, desde donde era posible contemplar la ciudad. *Maderear* era el verbo que el joven Fuentes empleaba con sus compañeros de la facultad de derecho cuando recorrían esa calle; el centro lo era todo. Era ombligo: magma, sacrificio y altares dorados, todavía atado a su traza colonial. A sus veintiséis años, Carlos Fuentes escribía por las tardes la novela que se publicaría en 1958, sin causar mucho entusiasmo entre sus contemporáneos, excepto en Salvador Elizondo, que como él lo seña-

la, entendió al Fuentes que hacía la novela de la Ciudad de México, en aquel tiempo en que fue posible hacerlo. *Manhattan Transfer* de Dos Passos, Joyce y Faulkner, que en 1949 había recibido el Premio Nobel, le andaban por las venas. Las voces construían esa polifonía urbana, el retablo continuo de un México recorrido por arterias como la avenida Reforma. Con una prosa vigorosa, musical, intensa, Fuentes apresaba los sentires y expresiones que escuchaba en las calles, en la vida nocturna, en reuniones (entre personajes exóticos que se habían venido a vivir a la capital, espías, condes rusos, actrices norteamericanas), oído atento que registraba giros, música, ritmo. Una ciudad como una pulsación de monólogos. Una mirada indagadora sobre el origen, las capas de historia que revelaban al México de Ixca. Un Fuentes del asombro, una primera novela vigorosa, descubrir la ciudad donde él vivía amaneceres y tertulias, el México del cabaret y la fiesta snob, las conversaciones con intelectuales, poetas. Una Ciudad de México ideando un discurso que la colocara en la geografía de la modernidad.

Fuentes ha afirmado que sobre la actual Ciudad de México, que tiene el número de habitantes que en 1950 tenía el país, es imposible escribir una novela que lo abarque todo, que se recorra de punta a punta como si se caminara amablemente por algunos barrios céntricos. Después de *La región más transparente* —que le toma el pulso a nuestra entrada a la modernidad (también la literaria),

que marca el despegue de la carrera literaria de Fuentes y el momento en que la ciudad pudo ser apresada en una novela—, la literatura mexicana refleja esa dispersión urbana, esa ciudad cada vez más alejada de la gesta revolucionaria, esa ciudad mancha urbana que ha empañado la región más transparente para construir las ciudades de la Ciudad de México: Neza, Iztapalapa, Coyoacán, Xochimilco, Balbuena, Aragón, Olivar de los Padres, Ajusco, Tláhuac. Una ciudad donde la memoria de lo que ha sido sólo puede ser develada con acercamientos puntuales y la habilidad de quien descascara una cebolla.

Novela ombligo de la modernidad literaria, torrente verbal, escarpate de asombros, retablo de voces, tapiz de barrios articulados por vasos sanguíneos. Novela de juventud, cuando la ciudad estaba a punto de desbordarse y ya nunca sería la que fue. *La región más transparente* da cuenta, para el asombro de sus lectores contemporáneos, de un Fuentes intenso, disciplinado, inquieto, curioso, con un oído y una mirada atentos a la ciudad cobijo, ciudad total, a las voces. Una poética vigorosa para nombrar, retumbar, exprimir a la ciudad las palabras.

Ixca, ironía y perspicacia, malicia e intensidad, es el personaje de la Ciudad de México, es la Ciudad de México como personaje. Celebra cincuenta años de habitar la literatura mexicana en la región más transparente del aire. ~